

**PÉREZ JIMÉNEZ, Juan Carlos (2011), *La mirada del Suicida. El Enigma y el Estigma*. Plaza y Valdés, 2011. 240 pp.
ISBN: 9788415271017**

Acababa de suicidarse uno de nuestros ídolos, el icono del grunge. Había dejado tan sólo una nota llena de líneas nerviosas y confusas, casi ininteligibles. Kurt Cobain se convertía así para muchos, en la primera y última toma de contacto con el suicidio; y para otros muchos, pasaba a ser un nombre más que añadir a una dolorosa lista de dolor. La muerte de Cobain obtuvo una gran cobertura mediática, en la que se hablaba de los detalles de su muerte sin tapujos. Tal fue el inusitado escenario que se había producido, que aquel día la clase de religión abría con este tema. Creo que aquella clase fue la primera y única sorpresa que me dieron aquellas profesoras aferradas a los mandatos de la Iglesia católica, como sólo desde el Opus Dei se puede una aferrar. Y es que, aunque aquel suicidio era pecado mortal, era necesario considerar el sufrimiento y dolor que había experimentado el cantante en vida. Por tanto, Cobain, que había vivido un calvario en la Tierra, se merecía sin duda el Cielo. Fue la única vez en que las férreas directrices morales católicas corrían el riesgo de desplazarse, sin que sirviese de precedentes. Y es aquí donde encontramos y emerge la valía de este libro. Desde entonces se extendió un largo silencio, quizás irrumpido con otros carices por la muerte de Ramón Sanpedro. Pero el suicidio, como tal, nunca más volvió a debatirse, desmenuzarse, tratarse en ninguna tertulia, mesa de debates, columna o reportaje. Es precisamente, en medio de ese silencio, donde esta obra destapa un tabú en que el autor entreteje, no sólo la mirada, sino las múltiples y complejas miradas del suicida.

Lo que comienza siendo una toma de decisión individual, que asciende al millón de suicidios al año, empieza a tomar otras formas más sistémicas en la obra, como son el tabú, una cuestión de salud pública o la falta de atención en la salud mental. Cursos de acción que serán plenamente perfilados y trabajados a lo largo de la obra. De este modo, el autor opta por profundizar en lo que denomina la "anatomía del suicidio". Así afronta diversas formas, comenzando por el suicidio mítico. En él aborda la condena implícita que existía en el Antiguo Egipto, la ambigüedad de la cultura grecolatina y cómo eran categorizados en función de quien lo cometiese, si formaba parte de la ciudadanía política o no, y si podía justificarse bajo la categoría de la razón, para hacerlo más digno. Si dirigimos nuestra mirada al suicidio bíblico, el autor

ISSN 1989-7022

ILEMATA año 3 (2011), nº 7, 93-96



recoge cómo contradictoriamente no aparece juicio moral, incluso se presentan suicidios honorables. Más adelante, con la institucionalización del cristianismo será cuando se planteen como un ataque a los mandatos divinos, y cómo el ser humano no es quien para poner en entredicho el sufrimiento al que Dios le pone a prueba.

Pero, como bien se aborda en la obra, no es siempre el sufrimiento el vínculo del suicidio. También la vida tediosa se hace presente en algunos discursos del Renacimiento, incluso de la Modernidad. El propio cansancio de la vida tediosa, se vincula también como causa. Será la obra de Durkheim la que exponga en claves sociales cómo la tasa de suicidio es inversamente proporcional a la de integración social. Es también en esta época donde surgen los primeros estudios clínicos que lo relacionan con la clásica melancolía o depresión profunda endógena. Pero como bien señala el autor, es en el siglo XVIII, cuando se formará un fenómeno singular, denominado el *mal inglés*. Contrariamente a lo que ocurría, se pensaba que en Inglaterra había una mayor proporción de suicidios debido al efecto *mimesis* que se originaría al tratar públicamente dicho fenómeno.

Por otro lado, el suicidio romántico quizás fuese uno de los más sugerentes dentro del imaginario social. El *glamour*, el rechazo del héroe a un mundo banal, el desamor o la locura son muestras de énfasis literarios más que de concreciones reales. Si bien los discursos patológicos se empiezan a articular en torno al deseo o hacerse clasificaciones de suicidas, que en cualquier caso siempre se encajan en torno a la monstruosidad de la locura. Otras miradas son las que llevan al autor a enfrentar esta idea con pueblos germánicos, culturas chinas, algunas tribus africanas, la mitología maya, la India... consiguiendo resultados enriquecedores.

En realidad, hablamos de un millón de víctimas anuales, a las que hay que añadir las víctimas colaterales, los que se quedan, y cómo canalizan el dolor. Lo que denomina el autor *los supervivientes*, a veces han de soportar la carga de la sospecha sobre la disfuncionalidad del entorno del suicida, afrontar el sentimiento de gran culpabilidad que suelen manifestar, incluso el que a veces se exteriorice como una maldición familiar. Esto les lleva en ocasiones a negar la realidad tornándola y maquillándola en forma de accidente, a silenciarlo u ocultarlo para proteger su reputación.

Por otro lado, en la obra se refleja cómo las investigaciones que intentan encontrar el gen del suicidio, basan sus recursos en el horror de las cifras: la emergencia de parasuicidios, o formas de autolesión, el incremento de un 60% de las tasas de suicidio según la OMS, y sobre todo, cómo se ha incrementado en la población joven. Todo ello lleva a la elaboración de constelaciones de causas, incluso la idea de *autopsia*

psicológica, como el qué conductas tenía la víctima a través de preguntas estructuradas a sus familiares y conocidos. Cifras como las que encierran las distintas geografías del suicidio, los suicidios colectivos y el resultado de la quiebra de la vida en un sistema homófobo.

Fue a finales de siglo XIX, cuando la imagen del enfermo mental superó tanto la condena civil como la condena religiosa. Como bien señala el autor, el estigma de la locura reemplazó al del delito. Los juicios morales se disolvían en diagnósticos psicológicos y psiquiátricos. Sin embargo, el inamovible código de silencio seguía estando presente.

Sin lugar a duda, uno de los pasajes más deliciosos y bien armados es aquel en el que trata el "efecto Werther". La delicadeza de los trazos y tensiones con los que entreteje este fenómeno, es una de las piezas más recomendables de esta obra. Rescatando la obra de Goethe, incluso de la figura de Emilia Galotti, consigue realizar una coreografía espléndida entre estilismos, romanticismo, literatura y su difusión por toda Europa. Uno de los pasajes más deliciosos es cuando describe el ritual de los y las jóvenes wertherianos:

"Antes de dar el paso final, vestían como él, esto es: con un frac azul de botones metálicos, chaleco amarillo, camisa abierta, pantalones blancos, botas altas marrones, sombrero redondo de fieltro y el pelo sin empolvar" (p. 129)

Es claro que las tramas particulares, a veces tienden a ser tan complejas que conducen subjetividades malogradas. Pero también es claro, que acontecen más niveles que el de la *mimesis*, como es la disfuncionalidad de nuestras sociedades. Son muchos los casos en los que se puede comprobar. Uno de los más famosos lo protagoniza la empresa Renault o la cantante Yukiko Okada. Ahora bien, el suicidio, como bien se analiza en el libro, no es noticia. O si lo es, es en determinadas circunstancias. Un ejemplo del imperativo silencio que se extiende cual protocolo de actuación, lo podemos ver en el caso de Erika Ortiz Rocasolano. Parece que no es un fenómeno monárquico o eso se quiso transmitir. Y sin embargo, como muy bien perfila Juan Carlos Pérez, hay noticias con las que sí se quiere relacionar y no hay ningún problema en ello. Es el caso del terrorismo islámico, o de la violencia de género.

El principal paradigma en el que se enmarca el suicidio hoy, es el de la psiquiatría. Terreno polémico y donde la desacreditación de los tratamientos que se realizan es algo cosustancial a ellos. El suicidio es una de las principales consecuencias de este tipo de enfermedades, y aún así, las críticas a las industrias farmacológicas, a la medicalización de nuestros cuerpos, al reduccionismo químico de nuestros impulsos vitales, a la molecularización bioquímica de nuestros flujos sinápticos y los intentos de psicologizar la

psiquiatría parecen poner en entredicho este tipo de patologías y la monitorización psiquiátrica que se hace de las mismas.

A día de hoy, son numerosos los dispositivos a través de los cuales se intenta implementar una cultura en la cual se pueda tender puentes al diálogo y la comunicación entre nosotros, para poder evitar una de las principales causas de mortandad en muchas de las patologías psiquiátricas, especialmente, en trastornos graves de salud mental, de los cuales paradójicamente es difícil hablar sin caer estigmatizado. Algunos de estos dispositivos es la constitución del Centro de Investigación Biomédica en Red de (CIBER) Salud Mental o el Día Internacional para la Prevención del Suicidio, en el que se realizan conferencias y paneles en los que abordar socialmente este fenómeno.

Todo este tipo de reflexiones, que nos sugiere la obra, nos invitan a cerrar su lectura con las preguntas ¿qué hacer? ¿cómo dar cuenta de que alguien presenta síntomas suicidas? Las respuestas parecen sencillas, pero sin duda, su puesta en práctica no lo es. Una comunicación adecuada de estos fenómenos, un acercamiento hacia la salud mental de nuestros próximos y lo más importante de todo, el favorecer anclajes de vida sólidos y de calidad en nuestro entorno, son mecanismos infalibles.

Nos encontramos ante toda una obra de referencia en torno a un fenómeno sobre el que los estigmas y el silencio son las características que lo suelen acompañar. Una obra valiente, exquisita en los trazos y sin suda, un buen primer paso para seguir abordando algo que necesita atención urgente. Para cerrar, y a modo de prueba de la brillantez y profundidad del libro, reflejamos la precisión con la que se aproxima al acontecimiento que abría esta reseña.

“Existen también ejemplos, como el caso de la muerte de Kurt Cobain, que se pone como ejemplo de información bien gestionada. A pesar de que se hayan conocido casos de jóvenes relacionados con el suicidio del líder de Nirvana, se considera que la cobertura mediática fue correcta porque destacó el pasado conflictivo de Cobain y, sin cuestionar su talento artístico, condenó el sinsentido de su decisión. Transcendió la información de que para reconocer el cadáver se tuvo que recurrir al registro dental tras el disparo, lo que evitaba romantizar el hecho. Los centros de crisis para atender urgencias emocionales, que experimentaron un aumento significativo de llamadas tras el suicidio, actuaron con eficacia y desplegaron una campaña de alerta efectiva. Y tanto la madre de Cobain como Courtney Love condenaron públicamente el suicidio” (p. 148)

María José Miranda Suárez
(Instituto de Filosofía, CCHS, CSIC)